

BX2353

R 3

1885

V. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

*Es propiedad.*

## LA MUJER CATÓLICA.

### CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

PROSIGUE LA ÉPOCA DE LOS PADRES, Ó LA MUJER CATÓLICA EN LA CÔRTE, CRISTIANIZANDO EL IMPERIO Y AYUDANDO Á LOS PADRES Y Á LOS PONTÍFICES Á DESTRUIR LAS HEREJÍAS.

§ XXVII, 1.º—Constantino el Grande convertido al Cristianismo por las mujeres.—Celo de Eutropia, su suegra.—Prodigios de humildad, de caridad y de fervor de Santa Elena, su madre, y de Santa Constanza, su hija.—El Papa San Liberio, desterrado por el emperador Constante, es restituido á su silla por el celo de las matronas romanas.

Al mismo tiempo que la mujer católica trabajaba en su casa particular para educar á los Padres de la Iglesia y formar las costumbres cristianas, no mostraba ménos celo en la cõrte para introducir en ella el Cristianismo, donde su accion no fué ménos eficaz para la destruccion del paganismo y de las herejias. Bajo este punto de vista vamos á considerar ahora á la mujer católica de la misma época. Mas para esto es necesario que penetremos en el interior del palacio de los Césares, porque allí fué donde ella apareció entonces en toda la grandeza y en todo el poder á que el Cristianismo la habia elevado; allí fué donde ella enarboló la bandera de la verdadera fe y de la verdadera virtud, donde la hizo triunfar, y donde, como otra nueva María, se hizo ella, por su sabiduría y sus sublimes ejemplos, la guía y la defensa del verdadero pueblo de

011767

Dios en el camino del Cristianismo y de la perfeccion del Evangelio.

En primer lugar, el destructor del paganismo en el imperio romano, el primero de los emperadores cristianos, Constantino el Grande, fué convertido al Cristianismo por las mujeres. Ya hemos visto cuán grande era la fe de la emperatriz Severa Augusta, y cuán grande era su piedad en las pruebas que dió en el martirio de Santa Susana. Su hija Valeria, que segun Lactancio se habia hecho cristiana al mismo tiempo que su madre, no era ménos fervorosa ni ménos celosa que ella. Habiendo introducido estas dos mujeres el Cristianismo en el palacio de Diocleciano, de quien la una era esposa y la otra hija, ellas fueron las que dieron las primeras ideas de esta religion al jóven Constantino, educado en el palacio del emperador, «y le enseñaron á amar la piedad cristiana que él profesó despues.» (Rohrbacher, *Hist.*, lib. xxx.)

Eutropia, la viuda del perseguidor Maximiano Hércules, era una fervorosa cristiana, lo mismo que su hija, á quien ella dió por esposa á Constantino. Habiendo ido Eutropia en peregrinacion á los Santos Lugares para cumplir un voto, vió que cerca de la famosa encina de Mambre, á treinta leguas de Jerusalem, donde Abraham habia ejercido la hospitalidad con los ángeles, habian erigido un altar á los infames ídolos, á quienes ofrecian sacrificios impíos; é indignada al ver aquellos lugares augustos profanados por tantas supersticiones, escribió cartas llenas de fervor al emperador, su yerno, en cuya virtud Constantino escribió á su vez á San Macario y á los demas obispos de Palestina quejándose de su negligencia en permitir tal profanacion, y mandó al conde Acacio que hiciese quemar los ídolos, destruir los altares y castigar á los que, contra esta prohibicion, se atreviesen á cometer cualquiera impiedad. Poco tiempo despues, siempre á instancias de su suegra, hizo Constantino edificar en el mismo sitio una magnífica iglesia. (Euseb., *in Vita Constant.*)

En la misma Jerusalem se habian esforzado los paganos por abolir todos los recuerdos de los misterios del Salvador. Ellos habian tapado la gruta del Santo Sepulcro y edificado sobre ella un templo á Vénus, á fin de que pareciese que los cristianos adoraban á este ídolo cuando iban á aquel lugar á adorar á Jesucristo. Pues bien, Constantino hizo destruir aquel teatro de impiedad y de des-

enfreno, en lugar tan venerable, edificando en el mismo lugar una magnífica iglesia. «Yo os encargo, decia en esta ocasion al obispo Macario, que ese edificio exceda en riqueza y en belleza, no sólo á todas las iglesias, sino á todos los edificios de las demas ciudades. Yo he mandado, añadia, á Draciano, gobernador de la provincia, que ponga á vuestra disposicion el número de operarios que juzgueis necesario para la construccion de ese edificio. Decidme los mármoles preciosos y las columnas que deseais para embellecerlo, á fin de que yo las haga conducir ahí. Si creéis conveniente que la bóveda de la iglesia sea adornada con artesonados, se podrá adornar con oro.» Pero todas estas disposiciones y estas órdenes se dieron á instancia de las mujeres, la madre y la hermana de Constantino, y fueron dictadas por ellas.

Apénas se convirtió al Cristianismo Elena, madre de Constantino, por las exhortaciones y las súplicas de Santa Constanza, su hija, cuando se hizo una santa, y ella fué quien, en union de esta misma hija, decidiendo á su hijo, en medio de sus veleidades y de sus dudas, á abrazar el Cristianismo, dió á la Iglesia el primer emperador cristiano. Constantino le habia dado el título de *augusta* ó de emperatriz, habia hecho grabar su efigie en las monedas de oro y habia puesto á su disposicion grandes riquezas. Sin embargo, esta elevada princesa, que ocupaba el primer lugar en la córte, ambicionaba el último lugar en las asambleas de los fieles. Se la veia con un vestido sencillo y modesto, confundida con la multitud, sin distinguirse de ella más que por las prácticas de la piedad, de la humildad y de la caridad. Ella no usaba de sus tesoros sino en favor de los pobres, á quienes socorria con un cuidado maternal, y de las iglesias, que proveia de toda clase de ornamentos, sin olvidarse ni áun de los oratorios de las más pequeñas ciudades.

Á pesar de su avanzada edad quiso visitar los Santos Lugares, y en tanto que su hijo recorria otras comarcas, sujetándolas por la fuerza de sus ejércitos, Santa Elena recorria el Oriente, haciéndolo feliz con sus beneficios y con su humildad, y edificándole con su religion. Ella hizo donaciones extraordinarias á los militares que habian sido olvidados, á los pueblos pobres y á todos los particulares que imploraban su caridad. Á unos daba dinero y á otros vestidos. Ella llamaba á los desterrados, libraba á los prisioneros, concedia la libertad á los infelices condenados á los trabajos de las

minas; y el Oriente, admirado, conoció por primera vez lo que es una princesa verdaderamente cristiana.

Al mismo tiempo, por honor del Santo Sepulcro, se encargó de ejecutar las órdenes de su hijo, que ella misma habia provocado; á su vista fueron destruidos y reducidos á polvo el ídolo infame de Vénus y el templo inmundo que lo contenia, y que profanaba los lugares de la cruz y de la resurreccion. Por sus órdenes se excavó el terreno y se profundizó hasta encontrar el Santo Sepulcro, encontrándose tambien junto á él la cruz del Salvador. Ella hizo depositar una porcion de aquel sagrado madero en una caja de plata, cuya custodia confió al obispo de la diócesis para conservarla á la posteridad (S. Paulin., Epist. 21 *ad Sev.*), y por el celo que ella manifestó en honrar este augusto signo de la redencion universal, erigiéndole templos magnificos en Jerusalem y en Roma (1), convirtió la cruz, ese signo de oprobio, como que era el patíbulo de los criminales, en un signo de gloria, con el que los reyes comenzaron desde entónces á adornar su frente, é hizo, segun el contexto literal de la profecía, *que Dios reinase desde lo alto del leño*. Ella hizo tambien edificar la iglesia del Santo Sepulcro, la del Monte de las Olivas, para honrar el lugar de la Ascension del Señor, y otra iglesia en Belen, para honrar la gruta santificada por su nacimiento; y todos estos edificios sagrados fueron enriquecidos por ella con ornamentos preciosos y con vasos de plata y de oro, que han atestiguado á los siglos futuros la liberalidad del hijo y la piedad de la madre.

Mas ved aquí un rasgo del sentimiento de humildad, de caridad y de fe que constituia el fondo de la religion de Santa Elena. Durante su residencia en Palestina quiso tambien honrar á las vírgenes consagradas á Dios, á las santas esposas de este mismo Señor, cuyas santas reliquias habia honrado; con este objeto las reunió á todas en un mismo local, y habiéndolas hecho sentar sobre unas esteras, les lavó los piés y las manos, les sirvió á la mesa, llevando ella misma los platos, sirviéndoles el vino y dándoselo á beber.

Á petición suya y á ejemplo suyo, Constantino dotó ricamente

(1) Estas dos iglesias subsisten todavia en aquellas dos ciudades: la de Roma se llama la *basilica de la Santa Cruz de Jerusalem*. En ella es donde se conservan los mayores trozos de la verdadera cruz, y otras insignes reliquias de la pasion del Señor, que Santa Elena trajo de Jerusalem á Roma y depositó en el mismo templo.

la iglesia, y edificó tantos templos al Salvador y á los apóstoles (1). Finalmente, ella, con la santidad de sus costumbres, con el ejemplo de su piedad, con la sencillez y la modestia de sus vestidos, hizo reinar la castidad y la pobreza evangélica en el palacio de los Césares, que hasta entónces habia sido la mansion del lujo más desenfrenado, de la impiedad, del orgullo y del más espantoso libertinaje (2).

Santa Constanza, su hija, fué todavia más lejos: ella hizo que reinase tambien en él la santa virginidad. En primer lugar, curada milagrosamente en el sepulcro y por la intercesion de Santa Ines, y convertida ántes que toda su familia al Cristianismo, contribuyó mucho, como hemos dicho ya, á la conversion de sus augustos parientes. Mas como si no hubiese sido bastante para su fervor haberse hecho cristiana y haber hecho que lo fuesen tambien todas las personas que más amaba en la tierra, renunció al matrimonio, se consagró á la virginidad y al servicio de los pobres y de la Iglesia. Este bello ejemplo de la hija del emperador hizo una impresion profunda en las jóvenes de la nobleza romana. Un número prodigioso de estas jóvenes se unió á ella para observar la misma santa vida que ella. De modo que por ella, la primera joven de la sangre imperial que profesó la virginidad voluntaria del Evangelio, el palacio de los Césares, que habia sido el templo de la deshonestidad, se convirtió en un convento de vírgenes cristianas y causó la admiracion y la santificacion de Roma.

Por consiguiente, si en el reinado de Constantino recibió el paganismo el golpe mortal en el mundo romano, y el Cristianismo reinó en su lugar, esto sucedió por inspiracion de las mujeres, esta fué la obra de su fe, de su piedad, de su celo y de su fervor.

El emperador Constancio, al suceder á Constantino, su padre, en el imperio, no le sucedió en sus sentimientos de adhesion respetuosa al Soberano Pontífice y de celo por la verdadera fe. Arrastrado Constancio por sus eunucos, á quienes se habia entregado total-

(1) La basilica *Sanctissimi Salvadoris*, sobre la colina de Letran, la madre de todas las iglesias, lo mismo que las basílicas *de San Pedro, de San Pablo, de los Santos doce Apóstoles* y otras, fueron erigidas por Constantino.

(2) Véanse los elogios que hicieron de Santa Elena San Ambrosio, San Agustin, Paulo Orosio, San Paulino y Sulpicio Severo, y segun Baronio, todos los historiadores de la Iglesia. Su fiesta se celebra el 18 de Agosto.

mente, y que habian caído todos en el arrianismo, se hizo un furioso arriano. Este fué el primero de los príncipes llamados cristianos que tuvo la insolencia sacrilega de declararse *jefe espiritual del Estado*. Este extraño papa, como lo han hecho despues *todos los papas de la misma clase*, arrojaba de sus sillas á los obispos legítimos y colocaba en su lugar otros pretendidos obispos creados por él, tan extraños como él al espíritu de Dios y de la Iglesia. No habiendo podido conseguir del papa San Liberio que firmase la iniqua condenacion de San Atanasio y de todos los obispos de Oriente que habian permanecido fieles al Catolicismo, le hizo salir de Roma en medio de la noche, dice Fleury, y con mucha dificultad, por temor del pueblo, que le amaba ardientemente. (Lib. XIII, 19.) Le desterró á Borea, en Tracia, y colocó en su lugar á Félix, arcediano de la Iglesia romana, amigo y protector de la secta arriana.

Pero á falta del clero disperso, la mujer católica se encontró allí llena de fe, de celo y de adhesion á la verdadera cabeza de la Iglesia. Ella fué quien, poniéndose á la cabeza del pueblo católico de Roma (como se puso durante el destierro de San Juan Crisóstomo á la cabeza del pueblo de Constantinopla), le contuvo en el camino de la ortodoxia y le impidió tomar parte en la consagracion sacrilega de Félix. Así fué que la faccion arriana se vió obligada á ordenar á su antipapa en el palacio, no habiéndoles permitido el pueblo que entrasen en ninguna iglesia; y la ceremonia se hizo en un aislamiento tal, que solos tres eunucos representaron en ella la asamblea del pueblo.

Entre tanto Roma suspiraba por su legítimo pastor. Y ¿qué hicieron entónces las mujeres católicas? Ellas habian obligado á los grandes del imperio, sus esposos, á que pidiesen al emperador el regreso del Papa, desterrado dos años ántes; pero habiéndose excusado éstos, temiendo la cólera y los arrebatos furiosos del monarca, les dijeron ellas: «¡Pues bien, lo que el clero no puede hacer, ni vosotros os atreveis á hacer, lo harémos nosotras.» En efecto, vistiéndose y adornándose, como Judit, con la mayor magnificencia, á fin de que el nuevo perseguidor del pueblo de Dios, juzgando de su cualidad por sus vestidos, les tuviese más consideracion, se presentaron al emperador y en nombre del pueblo y de la Iglesia, le suplicaron «se apiadase de la gran ciudad, que se hallaba privada de su pastor y expuesta á los estragos de los lobos.» Era un espec-

táculo muy bello esta legacion de mujeres, por la que la Iglesia fué á pedir á un tirano la libertad de su augusta cabeza. La mujer católica se ha valido siempre de todos los medios posibles para salvar la fe católica y sostener la Iglesia. Habiendo respondido Constantino con frialdad que Roma tenia ya en la persona de Félix un pastor capaz de gobernarla, sin que hubiese necesidad de otros, las santas matronas tuvieron el valor de declararle que su papa Félix era nulo; que el pueblo no le queria, ni queria comunicarse con aquellos que corrompian la fe de Nicea, y para prueba de esto, le hicieron saber que nadie entraba en la iglesia cuando Félix estaba en ella. Movido el emperador por esta manifestacion, llena de franqueza y de dignidad, les prometió tener en consideracion su demanda, y poco tiempo despues envió cartas á Roma anunciando que Liberio seria llamado y que gobernaria la Iglesia de mancomun con Félix. Pero las buenas madres de la Iglesia estaban siempre allí para ilustrar al pueblo acerca de esta soldadura tan impía como estúpida. Así es que, cuando se leyeron las cartas imperiales en el circo, el pueblo se burló primero de ellas y despues gritaron todos á una voz: «Un Dios, un Jesucristo, un obispo.» Informado el emperador de esta manifestacion, tuvo miedo de una sedicion contra Félix y una rebelion contra él mismo. Se vió, pues, obligado á consentir, para aplacar al pueblo, que Liberio volviese á Roma y que gobernase de nuevo la Iglesia por sí solo. Apénas se supo en Roma que Liberio iba á llegar, cuando el pueblo, con las matronas á su cabeza, arrojó á Félix, corrió al encuentro de su pastor y le llevó en triunfo á la iglesia de San Pedro. Y Roma recobró su Pontífice y la Iglesia su cabeza en la plenitud de su libertad; y esto por la diligencia y el celo de las mujeres. (Socrat., lib. II.)

§ XXVII, 2.º — El emperador Máximo convertido tambien por su esposa y protegiendo el Cristianismo en la Gaula.—Comida célebre de San Martin en el palacio de la emperatriz.—Humildad y devocion de esta insigne mujer.—Por sus diligencias, San Martin y San Ambrosio se apoderaron del espíritu del emperador.—Bello pasaje de una jóven vírgen, que rehusa recibir en su casa á San Martin, y respuesta, todavia más bella, del santo obispo.—Teodosio debia sus elevadas virtudes á su mujer y á su hijo.

Miéntas que un hijo de Constantino perseguia á los obispos católicos en Italia y en todo el Oriente, un bárbaro pagano, Máximo,

á quien una revolucion militar habia elevado al Imperio, los respetaba y los honraba en la Gaula y en todo el Occidente; mas esto era tambien por la influencia de la mujer católica, porque su noble esposa fué la que, con su sabiduría, con su dulzura, con su profunda piedad, con su celo y su devocion á la Iglesia, suavizó las costumbres feroces de su esposo, lo atrajo al Cristianismo é hizo de él un protector de la Iglesia, y segun el testimonio de Sulpicio Severo, el hombre de todas las virtudes. Lo único que se le puede echar en cara es la usurpacion del trono; pero el mismo historiador insinúa que fué proclamado emperador por sus soldados, contra su voluntad (1).

Este príncipe habia establecido en Tréveris la silla de su Imperio. Pues bien, siempre que se le pedia alguna gracia ó se reclamaba justicia en favor de los pueblos nuevamente convertidos al Cristianismo, se recurria á la emperatriz, y por medio de ella se obtenia de su augusto esposo. Los gobernadores de las provincias y los magistrados sabian ya que no podian oprimir impunemente á los pobres, á los desgraciados ni á la Iglesia, y si la religion no corrió entónces ningun riesgo, si gozó de libertad en la Gaula é hizo allí admirables progresos, todo esto se debió á la emperatriz, á aquella fervorosa cristiana, tan celosa de defender el Cristianismo por su elevada posicion, como de honrarlo por sus virtudes.

San Martin de Tours, el gran apóstol y una de las glorias mayores de la Gaula cristiana, no siendo inclinado á tratarse con los grandes, se habia impuesto la obligacion de no aceptar jamas sus convites. Sin embargo, una vez se separó de esta regla, y fué por consideracion á la emperatriz, que se lo habia suplicado con instancia por sí y por medio del emperador, y porque los dos unidos le obligaron á ello de tal modo que no pudo excusarse. La santa princesa era tan afecta á la Iglesia, que el hombre de la Iglesia no podia negarse á esta invitacion. Él tenia tambien otras miras más extensas. Á consecuencia de la gran revolucion política que acababa de agitar la Gaula, San Martin, que era el padre y el obispo de los galos, tenia desterrados que hacer llamar, bienes confiscados que hacer devolver, prisioneros de Estado que dar libertad y cul-

(1) « Vir omni vitæ merito prædicandus, si ei diadema, tumultuante milite, impositum repudiare licuisset. »

pables que hacer indultar, y para alcanzar todo esto necesitaba la mediacion de la emperatriz; por otra parte, San Martin habia conocido que si la princesa deseaba que el santo obispo comiese á su mesa, no era tanto para hacer de ello un motivo de vanidad ó por ostentar el lujo de su casa, cuanto por satisfacer su fe y su devocion. En efecto, ella quiso preparar por sí misma los manjares que habia de presentar al hombre de Dios. Ella no comió con él, sino que se contentó con servirle; de modo que aquel dia se vió á la emperatriz, en presencia de la córte admirada, aderezando la mesa á su venerable huésped, presentándole la silla, dándole el lavamanos, llevándole las viandas, dándole de beber y permaneciendo en pié, inmóvil, con los ojos bajos, el semblante modesto, en actitud de una humilde sierva, ante un pobre obispo, á quien sólo recomendaban su carácter sagrado y sus virtudes; y cuando se acabó la comida, la vieron recoger cuidadosamente todo lo que el Santo Pontífice habia tocado y guardarlo como una preciosa reliquia. Este fué el triunfo de la humildad cristiana en la grandeza; esta fué una magnífica leccion del respeto que se debe á los ministros de la Iglesia por las personas del más alto rango, y los resultados de este ejemplo fueron inmensos. Sulpicio Severo, escritor cuasi contemporáneo, á quien debemos esta interesante relacion, nos dice tambien que siempre que el interes de la fe ó de la caridad llevaba á San Martin á la córte habia seguridad de ver á la emperatriz de rodillas á sus piés, como la Magdalena á los piés del Señor, y muchas veces regándolos con sus lágrimas y enjugándolos con sus cabellos, y tambien, como la Magdalena, escuchándole con un recogimiento profundó, sin perder ni una de sus palabras y sin dejarle jamas. Fácilmente se comprende la impresion que estos ejemplos, que procedian de tan grande altura, debian hacer en los grandes del Imperio y en el mismo emperador; y por consiguiente, no es extraño que el gran Pontífice fuese el único que, como nos lo atestigua su ilustre historiador (Sulpicius, *in Vita*), conservase, al hablar con el emperador, la autoridad de apóstol y la dignidad de obispo, y que, léjos de envilecerse en su presencia con adulaciones y lisonjas, le hablase con el acento y con la libertad de un profeta, y pareciese que mandaba más bien que suplicaba. Habiéndole suplicado á su vez el emperador que comiese á su mesa, le dijo San Martin: « No, yo no comeré con un hombre que ha quitado la

vida á un emperador y los Estados á otro.» Y no consintió en sentarse á la mesa imperial sino despues que el emperador, como un culpable ante su juez, se justificó plenamente. Despues le hacia ir el príncipe con frecuencia á palacio para conversar con él, y sus conversaciones versaban únicamente sobre el modo de vivir bien en este mundo, sobre las penas y las recompensas de la vida eterna y sobre los intereses y las desgracias de la Iglesia.

Al mismo tiempo que San Martin, San Ambrosio, el gran obispo de Milan, habia ido tambien á buscar al emperador á Tréveris, para defender ante él la causa de Justina, la viuda infortunada de Graciano, y de su hijo Valentiniano; causa muy digna de ser defendida por un obispo. Tambien fué la Emperatriz entónces quien le acogió con las señales de la más profunda veneracion, y le preparó tan bien el camino ante su augusto esposo, que San Ambrosio consiguió el objeto de su interesante mision, aún más allá de lo que habia esperado. Ved aquí, pues, á los dos hombres más grandes de la Iglesia en aquel tiempo, haciendo grandes cosas en favor de la religion y de la humanidad, pero siempre por el concurso de una mujer.

Mas en la vida de San Martin se refiere un pasaje singular de otra santa mujer, que merece referirse en este lugar. Este gran Santo, la antorcha, el Taumaturgo de su siglo, que admiró con la virtud de sus prodigios y con el prodigio de sus virtudes; este apóstol tan honrado en la córte y tan rodeado de la estimacion y de la veneracion de todo el mundo; este apóstol, este profeta, á quien todos se creian dichosos en recibir y deseaban tocar siquiera la extremidad de sus vestidos, habiendo querido visitar á una jóven vírgen que vivia encerrada en una pequeña celda, en un perfecto aislamiento del mundo, fué repulsado terminantemente. «Yo me he impuesto una ley, le dijo ella, de no recibir jamas á ningun hombre en mi habitacion. Esta es la única razon por qué me niego á veros. Yo os suplico que no me priveis de las ventajas que esta repulsa me proporciona. No queriéndoos ver á vos, que sois un hombre santo y un obispo, tendré más derecho para cerrar mi puerta á todo el mundo, y me dejarán tranquila.» Cualquiera otra persona se hubiera enfadado por esta impolítica; pero los santos no se enfadan por esta clase de contratiempos. San Martin, por el contrario, admiró este rasgo de sabiduría de la jóven vírgen, y con un

verdadero sentimiento de devocion probó el modesto refrigerio que ella le habia enviado, y exclamó: «Yo estoy satisfecho. Al querer ver á esta pequeña santa, no deseaba más que edificarme y bendecirla; pues bien, para mi edificacion tengo ya lo bastante, y mi bendicion le llegará desde léjos; lo mismo que si se la hubiese dado desde cerca.»

Estas pequeñas particularidades son preciosas; ellas nos muestran la manera con que la mujer católica ha comprendido y practicado la severidad del Evangelio, cómo ha honrado la humildad y la castidad en medio de una sociedad corrompida, y concurrió de este modo á formar las costumbres cristianas. Pero volvamos á la córte.

El verdadero príncipe cristiano de esta época fué el emperador Teodosio. Es verdad que se hizo culpable del asesinato de los ciudadanos de Tesalónica; pero, como otro David, reparó públicamente esta culpa por la humildad con que aceptó y por el fervor con que cumplió la penitencia que San Ambrosio le impuso, y edificó mucho más al mundo con su piedad, que lo habia escandalizado con este acto de arrebató feroz. Ninguno llevó á más alto grado que él la proteccion á la Iglesia, ni manifestó un celo más ardiente por la doctrina católica y por la destruccion de la idolatría. Su reinado fué el reinado de la justicia y de la clemencia. Él perdonó á los que habian conspirado contra su vida, y condenados á muerte por los magistrados, los indultó por medio de un edicto, que admiró á todo el Imperio, y que hizo firmar á su hijo Arcadio, para darle una leccion de clemencia. Él prohibió por una ley que los jueces castigasen las palabras que sólo se dirigian contra su persona ó contra su gobierno. «Porque si sólo por la ligereza indiscreta, decia él, se habla mal de nosotros, debemos despreciarlo; si es por una obcecacion necia, sólo podemos compadecerlo, y si es por mala voluntad, debemos perdonarlo.» Despues de su victoria sobre Eugenio, habiéndole pedido gracia San Ambrosio para los vencidos, no sólo se la concedió Teodosio, sino que se postró á sus piés, reconociendo que se habia salvado por sus méritos y por sus oraciones. Léjos de quitar los bienes á los hijos de sus enemigos, que se habian refugiado á la iglesia, se aprovechó de esta ocasion para instruirlos en la religion cristiana, les dió ciertos cargos, y no permitió ninguna venganza particular, y siendo tan piadoso como cle-

mente, se abstuvo de la participacion de los sacramentos, por causa de los enemigos que habian muerto en el combate, aunque habia sido en una guerra justa. (Socr. Sozom. Paul., *in Vita*; et S. Ambros., *in Obitu Theodos.*)

Pero á las inspiraciones de la mujer católica, á Placila, su esposa, debió tambien Teodosio estos sentimientos de una piedad tan grande, de un celo tan ardiente por la religion y de una clemencia tan generosa. Los mismos paganos tributaron sus elogios á la piedad de esta elevada princesa, á su bondad, á su justicia y á su celo por la felicidad de los pueblos. Ellos dijeron, sin temor de ofender á su ilustre esposo, que principalmenté por ella reinaba la justicia en el palacio imperial. (Themist., Orat. 18 y 19.) Pero sobre todo amaba á los pobres con ternura; ellos no necesitaban más recomendacion para ella, que su miseria, sus enfermedades y sus heridas. Sin guardias, sin sérvidumbre, á pesar de ser la Emperatriz, la esposa del soberano más grande del mundo, los visitaba en sus chozas y en sus camastros. Ella pasaba los dias enteros en los hospitales de las iglesias, sirviendo á los enfermos en las ocupaciones más humildes. Habiéndosele dicho un dia que tales ocupaciones no estaban de acuerdo con la majestad imperial, y que le era suficiente asistir á los pobres con sus limosnas, dió esta respuesta llena de piedad, de humildad, de sabiduría y de respeto á su augusto esposo: «Lo que yo les doy, dijo ella, es por cuenta del Emperador, á quien pertenece el oro y la plata; no tengo más que el servicio de mis manos para cumplir mis deberes particulares con Aquel que nos ha dado el Imperio y que ha cedido sus derechos á los pobres.»

Al mismo tiempo no dejaba ella de repetir á su amado esposo: «Acuérdate siempre de lo que fuiste ántes y de lo que eres ahora. De este modo no serás ingrato con el Supremo Bienhechor, sino que administrarás legítimamente el Imperio y servirás á Aquel que te lo ha dado.»

Su hija Pulqueria participaba de los sentimientos sublimes de su madre, y seguia sus huellas en los ejercicios de la religion y en las obras de la caridad. Desde luégo se concibe lo que debió ser el esposo de tal mujer y el padre de tal hija. Colocado Teodosio en medio de estas dos mujeres, en presencia de tales ejemplos y bajo la impresion de tales discursos, hechos por las personas que poseian todo su afecto y todo su corazon, no pudo ser otra cosa que lo que

fué; así es que cuando murió Placila, no sólo el Emperador y su hija, sino todo el Imperio lloró inconsolablemente. Los griegos veneran á Placila como santa, y celebran su fiesta el 12 de Setiembre, bajo el nombre de Placidia. San Gregorio de Niza hizo la oracion fúnebre de la madre y de la hija, que es un verdadero panegírico de la una y de la otra. ¡Dichosos los príncipes que tienen tales mujeres por esposas y por hijas!

Pero la más grande, la más imponente y la más bella figura de esta época, el tipo perfecto de la mujer católica en una córte soberana, fué otra Santa Pulqueria, la nieta de Teodosio. Es necesario que nos detengamos algunos instantes más para contemplarla con alguna detencion.

§ XXVIII.—Santa Pulqueria.—El *Breviario Romano* le atribuye el mérito de haber confundido los errores y haber afirmado el dogma católico.—Prodigio, único en la historia, de esta jóven, gobernando un vasto Imperio á la edad de diez y seis años, y educando de la manera más perfecta á sus hermanas y á Teodosio el jóven, su hermano.—Grandes desgracias del Imperio cuando ella se aleja de la córte, que cesan tan pronto como yuelve á ella.—La herejia triunfa en Oriente por la debilidad del Emperador.—San Leon encarga á Santa Pulqueria que la combata, y la crea su legado.—Celo de otras princesas imperiales por la causa católica.

El *Breviario Romano* comienza la bella leccion de Santa Pulqueria con este magnífico elogio, que cualquier gran pontífice, cualquier gran obispo, cualquier gran doctor y cualquier gran cristiano se creeria muy dichoso en haberlo merecido: «Pulqueria augusta, dice, muy noble, como hija, nieta, hermana y esposa de los emperadores, fué mucho más noble por haber destruido con sus trabajos los errores de los herejes, y afirmado el dogma católico respecto al misterio de la Encarnacion y de la divina maternidad de María» (1).

Hija de Arcadio y de Eudoxia, los dos grandes azotes del Imperio, aquél por su debilidad y ésta por su malicia, Pulqueria pareció desde luégo que habia sido enviada por Dios para levantar el Im-

(1) «Pulcheria augusta, patre, avo, fratre atque viro imperatoribus maxime nobilis, profligatis, sua præsertim opera, hæreticorum erroribus et catholico dogmate, circa Incarnationis mysterium et divinam maternitatem constituto, multo nobilior.» (*Brev. Rom.*, 7 Jul.)